

El rescate de la utopía

FEDERICO REYES HEROLES

Resumen

Este artículo aborda la cuestión de la vigencia —o no— del pensamiento utópico a finales del siglo XX. Para hallar una respuesta, el autor realiza un “viaje” a través del significado que las ideologías utópicas han tenido en Occidente. Auxiliado por pensadores de la talla de Isaiah Berlin, Karl Popper, Agnes Heller y Max Horkheimer, entre otros, el autor critica cada uno de los argumentos, postulados, razones y propuestas de la ideología utópica con el fin de entenderla dentro de un marco que de suyo es contradictorio con su espíritu: la modernidad. Concluye defendiendo no sólo la permanencia de las utopías, sino también la necesidad de crear otras nuevas, que sean adecuadas para los finales de este siglo y los principios del siguiente.

Abstract

The article explores the question of the validity —or not— of the utopian thought at the end of the 20th century. To find an answer, the writer makes a “trip” through the significance that utopian ideologies have had in the West. Helped by thinkers of the stature of Isaiah Berlin, Karl Popper, Agnes Heller and Max Horkheimer among others, the author criticizes each one of the arguments, postulates, reasons and proposals of utopian ideology so that it may be understood within a frame that is, in itself, contradictory with its spirit: modernity. The author finishes by defending, not only the permanence of utopias, but also the need to create new ones adequate for the end of this century and the beginning of the next.

O lvidada por los teóricos, sin asiento en un debate en que los futurólogos, esos nuevos especuladores profesionales, los vendedores del futuro, hablan con seguridad asombrosa del año 2025 o 2050, acusada igual por la izquierda y la derecha de ser la causante de los desvíos de sus propuestas originales, siempre puras, siempre vigentes, despreciada por el lenguaje común que la convierte en calificativo para designar lo imposible, lo inalcanzable, lo absurdo en más de un sentido, la utopía ha sido llevada hasta el más oscuro rincón del pensamiento. ¿Está acaso condenada a desaparecer? ¿De-

bemos de una vez por todas extender el acta de defunción correspondiente? En un mundo unido por los cables de fibra óptica, por el Internet y por esos objetos voladores llamados satélites que abrazan el planeta, ¿tiene algún sentido hablar todavía de utopías?

En ese luminoso ensayo denominado “Decadencia de las ideas utópicas en Occidente”,¹ Isaiah Berlin delinea con gran claridad y casi podría afirmarse sencillez —que a decir de Ortega y Gasset es la cortesía del filósofo—, Berlin perfila, insisto, ese trágico hilo conductor que une a las utopías de Occidente, de Platón a Marx. Los argumentos de Berlin son demolidores: hay en toda utopía una intención, en ocasiones velada, oculta, de arribar a un estadio de armonía absoluta. Allí, nos dice Berlin, es donde radica una de las principales debilidades y peligros de ese género, si es que lo es, de esa modalidad de pensamiento, de esa generación, dirían otros. La armonía absoluta supone la conjunción de verdades individuales en una gran verdad. Berlin respinga y con toda razón ante ese supuesto. Hablar de una gran verdad, válida para todos, es la puerta de entrada al fin del pensamiento como diversidad incontenible y ello equivale a la cancelación de la libertad. La idea misma de una gran verdad cancela la opción de simultaneidad de verdades, torreón desde donde se defiende el pluralismo y, con él, la democracia. Ésas son las consecuencias últimas de la utopía.

Cuidado, gritan los más notables liberales políticos del siglo xx. La utopía es el vientre en que se conciben los peores engendros de la opresión. La utopía es, en sí misma, opresión. Popper, desde un exilio obligado que lo llevó a la redacción de *La sociedad abierta y sus enemigos*, ese gran texto de denuncia precisamente de la opresión que se ha disfrazado de razón, argumentó en el mismo sentido: pensar a la razón, así en singular, como el armado cuidadoso, meticuloso, de un número finito de piezas que terminan dando la visión de un todo, es el gran engaño de Occidente. La razón no es geometría que permite el desprendimiento de partes cuyo lugar en el gran cuadro está dado. Del *Topus Uranus* al socialismo hemos venido siguiendo esa falsa idea de perfección total. La responsabilidad, en buena medida, recae en las utopías, lanza Popper. La humanidad, en general, pero sobre todo Occidente, ha desparramado

¹ Isaiah Berlin, “La decadencia de las ideas utópicas en occidente”, *Vuelta*, marzo de 1986.

halagos, ha caído presa de admiración irrefrenable por aquellos que pueden pre-ver, pre-decir o mejor dicho de los que afirman que pueden prever y predecir. Occidente nuestra así una cierta debilidad por el futuro. Popper encaja una daga mortal para la discusión: el avance de la ciencia es impredecible y el impacto de la ciencia sobre la vida del ser humano también lo es; entonces nada es predecible.

La utopía pareciera atrapada entre dos polos potentes e incansables que la atraen haciéndola ir y venir. Allá, en el pasado remoto, del cual con frecuencia sólo tenemos noticia a través de la mitología,² esta Arcadia, ese remanso original donde todo era armonía, el arte, la naturaleza y el ser humano, todo en equilibrio perfecto. Las utopías no son recuerdo pero es difícil encontrar alguna que no muestre por lo menos remembranzas, remembranzas de un sitio imaginario, Arcadia, que tampoco dejó registro histórico y cuya creación se le debe, parece ser, a Ovidio. En el otro extremo está el anuncio del paraíso venidero, ese que inexorablemente llegaría, llegará. Pasado mítico y futuro ambicionado es un territorio de las emociones humanas que trastocan la rigidez epistemológica. En la elaboración y venta de esos paraísos es donde las religiones encuentran buena parte de su razón de ser. Pero las utopías no son religiones, no deberían serlo. El asunto se enreda un poco: no es concebible religión que no encierre utopía, pero no toda utopía es necesariamente religión.

Por si fuera poco, las utopías reciben también el embate de otro argumento sólido. Caballero bien dotado, escoge como arma para el duelo la idea de universalidad. Igual que las religiones, igual que la Ilustración vista también como sistema religioso,³ las utopías parten del supuesto de una falsa hermandad del ser humano. No puede haber hermandad en los orígenes, porque cada pueblo, cada cultura, mira al mundo y se mira dentro del mundo de manera diversa. De ser así, de ser la *Weltanschauung*, la visión del mundo, la cultura, un factor determinante, de estar quebrada la hermandad original, también lo está la posibilidad de crear, así sólo sea en los conceptos, esa propuesta que a todos acoge. La pregunta que queda en el aire es si puede existir tal sitio de la total armonía religiosa y, aún más grave, si resulta deseable.

² André Reszler, *Mitos políticos modernos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

³ Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, México, Era, 1972; *History of religious ideas*, vol. 3, Chicago, The University of Chicago Press, 1978.

Recordemos los argumentos de esta discusión. El universalismo es una fantasía, un espejismo porque lo que es puramente universal no existe, nunca ha existido. El ser humano es un producto histórico, temporal, y por lo tanto se ciñe a coordenadas culturales. Lugar y tiempo, diría Aristóteles. Existen seres humanos, en plural, concretos con nombre y apellido, con pasiones y debilidades. El ser humano singular es una invención de las miles de millones de concreciones individuales. Es una categoría que pretende ser universal y que sólo es explicable por la incontrolable subjetividad. Los románticos, por su lado, negarán al ser humano, ese abstracto, y propondrían cavar cuevas profundas en sus entrañas personalísimas. Son una reacción al movimiento ilustrado. Cada individuo es un mundo, de nada sirve la comparación o el intento por encontrar en los otros lo que sólo me pertenece a mí mismo. Pero la contraparte argumenta: sin ese intento por encontrar lo común a todos, así sea un artificio intelectual, sin esa búsqueda de los grandes trazos que a todos nos hermanan, la batalla es estéril puesto que la individualidad nos devora. La casuística no genera el concepto.

Allí surge la gran disyuntiva, el apremio conceptual: ¿puede una utopía no ser colectiva, puede ser acaso individual? Pareciera haber una contradicción de términos. La utopía nace y vive del ánimo colectivo. La colectividad es su razón de ser. Es allí donde radica parte de su riqueza. Pero cuidado, porque si alguna aportación ha traído el pensamiento político liberal de Occidente frente a las utopías, diría Berlin, frente a la razón erigida en máximo tribunal del absurdo, diría Popper, es precisamente la conquista de los espacios individuales. Modernidad en todo caso es rescate y resguardo celosísimo de la individualidad. Es acaso compatible la existencia, la formulación y reformulación de las utopías, de la vida comunitaria con un creciente individualismo, que sin duda es sinónimo de libertad, pero también de aislamiento. Agnes Heller se pregunta si por este camino la modernidad puede sobrevivir.⁴ Si la modernidad es individualismo avasallador y, en algún sentido, antiolectivismo y el fin de siglo lo que muestra son crecientes necesidades ecológicas, poblacionales, de producción y abasto de alimentos, de requerimientos urbanos,

⁴ Agnes Heller, *Can modernity survive?*, California, University of California Press, 1990.

etcétera, que demandan respuestas en el nivel de la colectividad, de manera organizada —para no utilizar el término racional—, será imprescindible moderar, por lo menos, el galope del individualismo. Pareciera entonces que nos encaminamos a una nueva encrucijada.

La utopía implica lo colectivo y ello invoca, inexorablemente, el carácter universal que, como dijimos, es ficción, utilísima ficción, imprescindible ficción, que nos permite fijar nuevos límites incluso para la individualidad. Así que la argumentación individualista debe ser tomada con cuidado, pues en el límite debemos de recordar que la individualidad es también producto de una ficción universalizante y que así como hablamos de *u-topos*, no existe tal lugar, es decir, el no lugar, podríamos hablar del *u-homo*, es decir, no existe tal hombre, el aislado, solitario y único. Horkheimer asevera que toda experiencia social es, al final de cuentas, una experiencia individual. En sentido análogo, podría afirmarse que toda experiencia individual es, al final de cuentas, social. Así que la utopía es todavía el reducto conceptual de lo colectivo, que no existe de forma pura, como pretende: la modernidad un reducto de lo meramente individual que tampoco existe en estado de pureza.

Una vez llevada la discusión al absurdo pareciera claro que en todo momento nos estamos moviendo en términos relativos. Por momentos el énfasis cae con fuerza en un extremo colectivista, provocando las consecuencias negativas de todo extremismo. En otros, el final del siglo XX pudiera ser uno de ellos: la esfera de los derechos individuales pareciera sobreponerse a todo el resto. La tensión se mira irresoluble, no por ello es siempre dañina, e incluso, podría uno decir, puede ser sana. Podríamos ir más lejos: es esa tensión entre lo colectivo y lo individual desde la Grecia Antigua, pasando por el Derecho romano, el Renacimiento, la Ilustración y el convulso siglo XX, la que ha provocado acciones civilizatorias o la aparición de agentes civilizatorios, para utilizar un concepto de Braudel. Hoy es mucho más sencillo delimitar lo individual, esa esfera de derechos irreductibles que funciona como dique a la opresión de lo colectivo, entre otras razones porque lo colectivo también está mucho mejor delimitado. La convivencia de ambas esferas de derecho es, en los países altamente industrializados, muestra de la existencia de lo que, a pesar de lo incómodo del concepto, seguimos denominando civilización. El equilibrio normado entre lo individual y lo colectivo,

nunca el predominio de alguna de las esferas, es ambición del Estado moderno. Ninguna de las esferas termina por aniquilar a la otra.

El uso del espacio, de la energía, de los recursos naturales, la educación universitaria, pero también la de los niños, la salud y los factores que atentan contra ella, la vida misma desde antes del nacimiento y la muerte, el hecho individual por excelencia, todo pasa por consideraciones múltiples que recuperan lo social y lo individual. Hoy en día no se puede ni nacer ni morir sin que las necesidades de los otros nos condicionen. Si John Locke reviviera probablemente vería amenazas a la esfera de los derechos familiares, irreductibles para él, por todas partes, en la educación pública, en las regulaciones del empleo, del transporte, etcétera. No quiero imaginar lo que diría de la televisión instalada en el hogar arrojando las ideas e intereses de desconocidos, justo ahí, en el seno de la intimidad.

Dos parecieran nociones falsas que de tanto repetirse terminan por ser miradas como reales. La primera es que el Estado, en las sociedades que se rigen por valores posmodernos, es un Estado débil. Falso. El Estado ha adoptado nuevas modalidades, es más regulatorio y menos propietario, pero si algo es evidente en este final de siglo, es que tenemos un Estado omnipresente, que, a través de una normatividad muy extensa, regula la vida individual y social en innumerables formas, llegando a los ámbitos más recónditos de nuestra vida, por vericuetos jamás imaginados. ¿Dónde ha desaparecido el Estado debido al fortalecimiento de las esferas de los derechos individuales? En ninguna parte.

La segunda noción falsa es que la utopía ha muerto. La utopía no puede morir, entre otras razones porque ella es el referente obligado, en el extremo si se quiere, de las acciones civilizatorias que van y vienen del individuo a lo colectivo. Quizá no hemos sabido reconocer a las nuevas utopías con las cuales convivimos todos los días, pero ése es otro problema. La lista es larga: la utopía de la comunicación como gran redentora; la utopía de la técnica o la tecnología como llave mágica que nos va a llevar del bienestar al bienestar; la utopía del comercio internacional o internacionalizado como boleto para un viaje sin escalas a la nueva prosperidad; la utopía del mundo libre como la próxima estación obligada en nuestro tránsito hacia el paraíso. Me atrevería, incluso, a sugerir la utopía del indivi-

dualismo como nueva fórmula de vida que liberará a todos del yugo comunitario.

Lo paradójico del caso es que todas estas utopías que aparecen por las pantallas presentándonos mundos futuros que ya se anuncian y tocan a nuestra puerta a través de la computadora y del Internet, pululan y se reproducen en el final de un siglo que nace con la violencia y termina con violencia, de Sarajevo a Sarajevo. Aún peor, gracias a los estudiosos del futuro y a los esfuerzos de las instituciones internacionales, sabemos ya que el siglo XXI dejará ver a los que aquí habiten un crecimiento demográfico jamás registrado en la historia de la humanidad, con las consecuentes hambrunas de decenas de millones. Consecuencia inmediata de ello son las migraciones que, según la ONU, por primera vez en la historia deberán ser contabilizadas no ya por cientos de personas o miles pisando las nuevas Ellis Island que surjan en el norte del globo, tampoco las decenas de miles serán suficientes, ni los cientos de miles, ni las decenas de millones pues, por primera vez, estaremos hablando de cientos de millones. Eso sí, ya sabemos exactamente en qué zonas del orbe el brutal crecimiento demográfico y la increíble depredación condenan ya a millones de seres humanos a la muerte. ¿Pueden los referentes comunitarios y colectivos desaparecer justo en ese momento? No lo creo. Cobrarán nuevos rostros, pero eso es todo.

Lo que también resulta engañoso al entendimiento es que la idea misma de colectividad ha ido variando su dimensión pero no ha desaparecido. Fourier nos daba las medidas exactas de Falansterio, la extensión de las hortalizas y huertas. Él, como muchos otros, intentó imaginar el diseño de los espacios, la distribución de las actividades, los lugares de encuentro. Un rápido recorrido por algún diccionario de lugares imaginarios⁵ permite observar cómo no sólo han sido los muy conocidos utopistas los que han dejado ir su mente para concebir esos lugares donde la armonía se restablecerá, para algunos, o se establecerá por fin, para otros. El diccionario deja ver los múltiples intentos literarios por concebir esos sitios aunque a sus inventores no los miremos como utopistas sino como literatos. Los

⁵ Alberto Manguel y Guadalupi Granni, *The dictionary of imaginary places*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1987.

unos son más agresivos y sugerentes que los otros. No hay distinciones que soporten el histuri analítico.

Así, esa irrefrenable ambición humana por inventar lugares, por lo visto ha sido la puerta de entrada más común, o debiéramos decir la puerta de salida, a eso que llamamos realidad. Si lo queremos poner en las coordenadas temporales, la utopía ha sido una fórmula para escapar del presente y visitar el futuro deseado. Por allí nos acercamos a una de las facetas más interesantes de la utopía: me refiero a ella como el sorpresivo pasillo, andador, que nos conduce a la actitud crítica. Sólo imaginando lo que creemos debería ser, nos damos cuenta del horror, de lo que no debería ser y es. La utopía es entonces madre de la rebelión.

En la tesis de Melvin J. Lasky,⁶ utopía y revolución van de la mano. Claro, hoy el término, la simple idea de revolución genera escozor cuando no urticaria en más de alguno y no sin razón, puesto que los movimientos revolucionarios de estirpe hegeliano-marxista devinieron regímenes autoritarios o despóticos y porque la imposición de su utopía fue el aval que propició y enriqueció la lista de las vergüenzas de la humanidad; simplemente recuérdese la colectivización forzosa en el agro soviético y sus decenas de millones de muertos. Pero allí hay que separar, que discernir: las nociones de igualdad, las reivindicaciones de justicia social, fueron opacadas por la cancelación de las libertades individuales, atrocidad que nunca será suficientemente denunciada y recordada.

Pero el pendiente justiciero sigue allí y probablemente se agravará. Literatura o disciplinas sociales se entrecruzan en un sendero común: la utopía. Pasión humana con muchas huellas detrás que nos explica, nos describe en nuestros anhelos, ambiciones, deseos, insatisfacciones, frustraciones y, a la vez, nos advierte, como en las antiutopías, del infierno que tiene una larga historia y muchos salones de recepción de Aldous Huxley⁷ a Orwell y, por qué no, Anthony Burgess y su "naranja mecánica". Paraísos anunciados y contruidos, por lo pronto en la mente, o sitios del terror para crispar los nervios, utopías y las antiutopías son mohoneras, referentes de

⁶ Melvin J. Lasky, *Utopía y revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

⁷ Alice K. Turner, *The history of hell*, Miami, Harcourt Brace and Company, 1985.

las emociones más recónditas de nuestro tiempo; los asideros siguen siendo insuficientes.

Uno de los aspectos intrigantes de las utopías que queda pendiente de resolver es por qué la mayoría de las utopías resbalan en visiones estáticas, asunto que mucho preocupa a Berlin. En el pasado y en el futuro la dinámica no está presente. La edad dorada es la imagen de un pasado estable. Los futuros anunciados, con toda su diversidad de colores y estilos arquitectónicos, son estación final. No son pocos los que concibieron estadios últimos y por ende insuperables. En esto una vez más se unen Comte, Hegel y Marx, pero antes de ellos están la redención y el juicio final. Aquí la crítica lanza a las utopías una flecha mortal: de tratarse de estadios definitivos, se está negando al ser humano la posibilidad de recreación y transformación de sí mismo y de su mundo, lo cual es un síndrome claro de un sistema autoritario. Debilidad teórica, escape emocional, refugio del agotado intelecto, la trampa de la visión estática hace caer casi a todos.

La mejor utopía dinámica, que se autorregenera, es la propia "sociedad abierta de Popper", en la cual se asume, de entrada, el carácter interminable del trayecto. Lo genial es que se trata de una utopía vacía. Se trata de una variante de antiutopía no en tanto descripción de un probable infierno, sino de una visión que se adelanta a destruir cualquier tipo de pronóstico que se asiente en definitiva, que pretenda echar cimientos. La noción de parálisis es el infierno para Popper. La utopía de Popper consiste precisamente en plantear un contrapunto a la idea misma de Estado como situación dada. La sociedad tendrá que ser abierta, así se inscriba en un Estado. La sociedad abierta es el antídoto de la tentación autoritaria de todo Estado.

Si el estadio final es la negación de la libertad, si el carácter estático de las utopías ha sido precisamente un flanco muy débil, la modernidad misma, e incluso la posmodernidad, con toda la recuperación de valores individuales e individualizantes, no es más que una estación en el trayecto. En qué creer, sería entonces la pregunta, pues la propia modernidad es utopía. Varios teóricos —Collingwood, Hegel— han planteado la imposibilidad de la autoconceptualización pues, al fin y al cabo, uno está siendo en el momento en que el concepto se genera. No hemos escapado de las mismas coordena-

das. Cada quien analiza *su* modernidad y por ende, en palabras de Leszek Kolakowski, la modernidad siempre está a prueba.⁸ El asunto recuerda el relevo de paradigmas de Kuhn. Una propuesta es válida hasta tanto no existe otra con mayor validez. Se es moderno hasta tanto no exista otra modernidad.

Ahora bien, esta imprescindible renovación sólo se puede dar en la total apertura hacia los otros. La modernidad soviética, por ejemplo, dejó de serlo al descalificar las otras propuestas. De ser así la modernidad no es fin sino método. No es estación de arribo, sino actitud en el trayecto. En esto, la partida la ganaron en el siglo XX los liberales políticos, lo cual no garantiza que nuevos regímenes autoritarios o totalitarios resurjan y que detrás de ellos subsista una utopía. Insisto, no es la creación de la utopía la que conduce a la degradación política, es su imposición. Toda imposición es autoritaria, incluso hay quien cuestiona la ética pública de imponer la democracia.

Alguien podría argumentar que lo mismo ocurre con las religiones, que no son ellas en sí mismas las que generan violencia sino los fanáticos que están detrás. La diferencia es cuando menos una y muy importante. Las religiones son sistemas cerrados, incapaces, por su propia hermenéutica, de aceptar e incorporar al otro. El pasaje de entrada es el dogma de fe que es siempre excluyente de la otra deidad. Las religiones son por ello un riesgo permanente de intolerancia. Tienen que someterse a criterios de pluralidad. Las utopías no necesariamente operan en esta forma. Muchas de ellas han surgido de propuestas con fundamento y pretensión científica, en el entendido de que la ciencia es un producto cultural, histórico, en permanente evolución. No quiero decir que detrás de las utopías no puedan hacerse largas filas de fanáticos e intolerantes que busquen la imposición religiosa de esa imagen que se ha prendido de sus cerebros. Fanáticos los hay incluso de la ciencia, que niegan sus verdaderos alcances o sus limitaciones. Pero el problema de los fanáticos, religiosos, políticos, esotéricos o de la cepa que se quiera, está en los fanáticos, no en las religiones, la ciencia o las utopías.

Cuando una imagen se convierte en mito y pasa a servir a los demagogos, es algo difícil de saber. La lucha contra los mitos hay

⁸ Leszek Kolakowski, *La modernidad siempre a prueba*, México, Editorial Vuelta, 1990.

que darla todos los días en todas partes. Ya ha dicho Balzac que los mitos "sirven para todo y explican todo". Cuidar que las utopías, que la ciencia, que las propuestas políticas o éticas o morales, no se conviertan en mito, es el reto. Pero no perdamos la faceta positiva de cada una de las diferentes formas de explicación de su entorno que el ser humano se ha dado. Una de ellas es la utopía, que como recurso cognoscitivo, no ha podido ser suplantada. Sólo ella nos conduce a esos parajes donde el mundo —y nosotros en él— pudiera ser otro. Por ella, dijimos, se llega al cuestionamiento crítico. Es ella la que permite generar una sana tensión entre lo que podría ser y lo que es. Es ella también la que despierta e inquieta a la imaginación en lo mejor de su carácter propositivo, limitado sin duda por los anclajes de visión estática. Pero no podemos negar que la utopía sirve para la conducción, temerosa si se quiere, a territorios de posible conquista de la acción. Para algunos es la igualdad, para otros el despliegue técnico, para los de más allá la unificación final de la aldea. Saber qué es la utopía y para qué sirve y no la simple negación de su existencia, es una actitud sin duda más madura.

Con la herencia que nos deja el siglo xx, de guerras, de opresión, de persecución religiosa, de intolerancia con mil rostros, es claro que no podemos cerrar el expediente de la utopía y guardarla en el archivo de lo inservible. Si sólo podemos concebirnos a partir de lo que somos nos estamos amputando uno de los miembros más útiles: el que genera el carácter crítico, la rebeldía, la ilusión, la imaginación al servicio de nosotros. De cara al siglo xxi se me ocurre una condición para el ser humano que sigue siendo utopía: se llama la paz, ese no-lugar que seguimos anhelando. ¿Qué necesitamos para lograrla? ¿Qué podemos proponer para arribar a ella lo antes posible? Hagamos el esfuerzo por imaginarlo, aunque algún día nos reclamen y nos llamen utopistas.